

haz, y con el famoso «CAVEO NON TIMEO» por divisa, que es toda la historia de aquella casa. El escudo de los vizcondes es acuartelado de Navarreins, que es de *gules, con la faja almenada de oro*; y timbrado con el casco de caballero con «GRANDS FAITS, GRAND LIEU!» por divisa. La vizcondesa actual, viuda desde 1813, tiene un hijo y una hija. Aunque volvió casi arruinada de la emigración, ha recobrado, gracias á la fidelidad del procurador Derville, una fortuna bastante considerable. Habiendo vuelto á su patria en 1804, el duque y la duquesa de Glandlieu fueron objeto de los halagos del emperador, y Napoleón, al verlos en su corte, devolvió todo lo que tenía la casa de Glandlieu en el *Domaine*, ó sea unos cuarenta mil francos de renta. De todos los grandes señores del arrabal Saint-Germain que se dejaron seducir por Napoleón, el duque y la duquesa (una Adjuda de la rama primogénita aliada con los Braganza) fueron los únicos que no renegaron del emperador y de sus beneficios. Luis XVIII tuvo en cuenta aquella fidelidad cuando el arrabal Saint Germain la reputó como un crimen de los Grandlieu; pero con esto, Luis XVIII se proponía sin duda molestar á MONSIEUR. Se consideraba probable el casamiento del joven vizconde de Grandlieu con María Atenáís, la última hija del duque, que tenía á la sazón nueve años. Sabina, la penúltima, se casó con el barón del Guenic después de la revolución de julio. Josefina, la tercera, pasó á ser señora de Adjuda Pinto, cuando el marqués perdió á su primera mujer, la señorita de Rochefide (alias Rochegude). La mayor había tomado el velo de monja en 1822. La segunda, Clotilde Federico, que tenía entonces veintisiete años, estaba locamente enamorada de Luciano de Rubempré. No es necesario preguntar si el palacio del duque de Grandlieu, que es uno de los más hermosos de la calle de San Domingo, tendría prestigios en el ánimo de Luciano. Siempre que la inmensa puerta giraba sobre sus goznes para dar entrada á su coche, Luciano sentía esa satisfacción de vanidad de que habla Mirabeau, y á veces se decía:

—Aunque mi padre haya sido sencillo farmacéutico del Houmeau, yo tengo entrada aquí...

Tales eran sus pensamientos; así es que hubiese cometido mayores crímenes que los de su alianza con Jacobo Collin, para conservar el derecho á subir los pocos peldaños de la escalinata exterior y por oír que anunciaban: «¡El señor de

Rubempré!» en el gran salón Luis XIV, hecho en tiempo de Luis XIV á imitación de los de Versailles, donde se hallaba aquella sociedad distinguida, la *crema* de París, llamada entonces el *petit château*. La noble portuguesa, una de las mujeres que gustan menos de salir de su casa, estaba casi siempre rodeada de sus vecinos los Chaulieu, los Navarreins y los Lenoncourt. Con frecuencia la linda baronesa de Mamer (apellidada Chaulieu), la duquesa de Maufrigneuse, la señora de Espard, la señora de Camps, la señorita de Touches, aliada con los Grandlieu, que son de Bretaña, se hallaban de visita, al ir al baile ó al volver de la Ópera. El vizconde de Grandlieu, el duque de Rhetoré, el marqués de Chaulieu, que debía ser un día duque de Lenoncourt-Chaulieu, su mujer Magdalena de Morsauf, nieta del duque de Lenoncourt, el marqués de Ajuda-Pinto, el príncipe de Blamont-Chauvry, el marqués de Beauseant, el vidamo de Pamiers, los Vandenesse, el anciano príncipe de Cadiñán y su hijo el duque de Maufrigneuse, eran los asiduos de aquel salón grandioso donde se respiraba el aire de la corte, donde las maneras, el tono y la agudeza armonizaban con la nobleza de los dueños, cuya gran aristocracia había acabado por hacer olvidar su tropiezo napoleónico. La anciana duquesa de Uxelles, la madre de la duquesa de Maufrigneuse, era el oráculo de aquel salón, donde la señora de Serizy no había podido nunca penetrar, á pesar de apellidarse Ronquerolles. Llevado por la señora de Maufrigneuse, á quien su madre le había pedido protección, Luciano se mantenía allí, gracias á la influencia de la gran limosnera de Francia y del arzobispo de París. Sin embargo, no fué presentado hasta después de haber obtenido la R. O. que le confería el nombre y las armas de la casa de Rubempré. El duque de Rhetoré, el caballero de Espard y algunos otros envidiaban á Luciano é indisponíanle periódicamente con el duque de Grandlieu contándole anécdotas de la historia de Luciano; pero la devota duquesa, rodeada de las eminencias de la Iglesia, y Clotilde de Grandlieu lo apoyaron y sostuvieron; esto sin contar con que Luciano explicó estas enemistades, contando su aventura con la prima de la señora de Espard, la señora de Bargetón, que era á la sazón condesa del Chatelet. Además, comprendiendo la necesidad de hacerse adoptar por una familia tan poderosa, y empujado por su consejero íntimo á seducir á Clo-

tilde, Luciano tuvo el valor de todos los advenedizos: de los siete días de la semana fué allí cinco, sorteó con gracia los ataques de la envidia, sostuvo las miradas impertinentes y respondió ingeniosamente á todas las burlas. Su asiduidad, el encanto de sus maneras y su complacencia acabaron por neutralizar los escrúpulos y por aminorar los obstáculos. Recibido en casa de la duquesa de Maufrigneuse, en la de la señora de Serizy y en la de la señorita de Touches, Luciano, satisfecho de ser admitido en estas tres casas, aprendió con el cura á emplear la mayor reserva en todos sus actos.

—No es posible mostrarse adicto á muchas casas á la vez —le decía su consejero íntimo.— Quien va á todas partes no despierta interés en ninguna. Los grandes no protegen más que á los que rivalizan con sus muebles, á los que ven todos los días, y á los que saben hacerse necesarios, como el diván en que se sientan.

Acostumbrado á mirar el salón de los Grandlieu como su campo de batalla, Luciano reservaba su ingenio, sus chistes, las novedades y las gracias todas para las veladas de aquella casa. Insinuante, cariñoso y prevenido por Clotilde de los escollos que tenía que evitar, halagaba las pasioncillas del señor de Grandlieu. Después de haber empezado por envidiar la dicha de la duquesa de Maufrigneuse, Clotilde se enamoró locamente de Luciano; y éste, que comprendió todas las ventajas de semejante alianza, representó su papel de enamorado cual lo hubiese hecho el mejor galán joven de teatro. Luciano iba á misa todos los domingos á Santo Tomás de Aquino, fingía ser ferviente católico, se entregaba á predicaciones monárquicas y religiosas que hacían furor, escribía en los periódicos adictos á la Congregación artículos muy notables, sin querer cobrar nada y sin poner más firma que una L, y redactó folletos políticos encargados por el rey Carlos X, ó por la Gran Limosnera, sin exigir la menor recompensa.

—El rey ha hecho ya tanto por mí, que le debo mi sangre—decía Luciano.

Hacia unos cuantos días que se trataba de agregar á Luciano al gabinete del primer ministro en calidad de secretario particular; pero la señora de Espard puso á tanta gente en campaña contra Luciano, que el ministro de Carlos X no se atrevía á resolverse. No sólo resultaba poco

clara la posición de Luciano y sus medios de vida, sino que la curiosidad benévola y la maliciosa iban de investigación en investigación, y le hallaban más de un defecto á la coraza de aquel ambicioso. Clotilde de Grandlieu servía á su padre y á su madre de inocente espía. Algunos días antes había tomado la joven á Luciano para hablarle en el alféizar de una ventana y darle cuenta de las objeciones de su familia, y le había dicho:

—La respuesta de mi madre es que adquiera usted una tierra que valga un millón y que entonces obtendrá mi mano.

—Después te preguntarán de dónde te proviene el dinero—le había dicho el cura á Luciano cuando éste le contó lo ocurrido.

—Mi cuñado debe haber adquirido fortuna, y podrá servirme de editor responsable—exclamó Luciano.

—Entonces no falta más que el millón—había dicho el cura;—pensaré en ello.

Para explicar bien la situación de Luciano en el palacio de Grandlieu baste saber que no había sido invitado nunca á comer. Ni Clotilde, ni la duquesa de Uxelles, ni la señora de Maufrigneuse, que protegía siempre á Luciano, pudieron lograr del anciano duque este favor; tanto desconfiaba aquel hidalgo de aquel á quien llamaba siempre el señor de Rubempré. Este detalle, observado por todos los asiduos de la casa, causaba profundas heridas en el amor propio de Luciano, el cual veía que sólo era allí tolerado. El mundo tiene derecho á ser exigente, porque se ve engañado muchas veces. Figurar en París sin tener fortuna conocida ó una industria determinada es una situación falsa é insostenible; así es que Luciano, meditando, daba una fuerza irrefragable á esta objeción: «¿De qué vive?» y se había visto obligado á decir en casa de la señora de Serizy, á la cual debía el apoyo del fiscal general Grandville y del ministro de Estado, conde Octavio de Bauván, presidente de una audiencia soberana:

—Me estoy empeñando atrozmente.

Al entrar en el patio del palacio en que veía la legitimación de su vanidad, Luciano se decía amargamente, recordando la deliberación de Burla-la-Muerte:

—Siento que todo se hunde bajo mis pies.

El joven amaba á Ester y quería á toda costa casarse con

la señorita de Grandlieu. ¡Extraña situación! Era preciso vender á la una para obtener á la otra. Un solo hombre podía realizar este tráfico sin que sufriese el honor de Luciano, y aquel hombre era Jacobo Collin: ¿no tenían que ser tan discretos el uno como el otro? No hay en la vida dos pactos de este género en que uno mismo es á la vez dominador y dominado. Luciano alejó de su mente las preocupaciones y entró alegre y radiante en los salones del palacio de Grandlieu. En aquel momento, las ventanas estaban abiertas, los aromas del jardín perfumaban el salón y la jardinera que ocupaba el centro contenía una pirámide de flores. La duquesa, sentada en un rincón, en un sofá, hablaba con la duquesa de Chaulieu. Varias mujeres formaban un grupo notable por las diversas actitudes debidas á las diferentes expresiones que cada una daba á un dolor fingido. En el mundo nadie se interesa por una desgracia ó por un sufrimiento, y todo son palabras. Los hombres se paseaban por el salón ó por el jardín. Clotilde y Josefina hacían labores en torno de una mesa de té. El vidamo de Pamiers, el duque de Grandlieu, el marqués de Ajuda-Pinto y el duque de Maufrigneuse jugaban al *wisk* (sic) en un rincón.

Cuando Luciano fué anunciado, atravesó el salón y fué á saludar á la duquesa al mismo tiempo que le preguntaba la causa de su aflicción.

—La señora de Chaulieu acaba de recibir una noticia terrible; su yerno, el barón de Macumer, el ex duque de Soria, acaba de morir. El joven duque de Soria y su mujer, que habían ido á Chantepleurs á cuidar á su hermano, han escrito dando la triste noticia. Luisa se halla en un estado verdaderamente lastimoso.

—Una mujer no se ve amada dos veces en su vida, como lo era Luisa por su marido—dijo Magdalena de Morsauf.

—Será una rica viuda—añadió la anciana duquesa de Uxelles mirando á Luciano, cuyo rostro permanecía impasible.

—Pobre Luisa, la comprendo y la compadezco—dijo la señora de Espard.

La marquesa de Espard tiene el aire triste propio de una mujer llena de alma y de corazón. Aunque Sabina de Grandlieu no tenía más que diez años, fijó en su madre una mirada inteligente y burlona que fué reprimida pronto

por otra de su madre. Esto es lo que se llama educar bien á los hijos.

—Si mi hija resiste ese golpe, su porvenir no me preocupa—dijo la señora de Chaulieu con maternal acento.—Luisa es muy romántica.

—Yo no sé de quién han heredado nuestros hijos ese carácter—dijo la anciana duquesa de Uxelles.

—Hoy es difícil conciliar el corazón y las conveniencias—dijo un anciano cardenal.

Luciano, que no había dicho palabra, se encaminó entonces á la mesa del té para saludar á las señoritas de Grandlieu. Cuando el poeta estuvo á algunos pasos del grupo de las damas, la marquesa de Espard se inclinó para poder hablarle al oído á la duquesa de Grandlieu.

—¿Cree usted que ese muchacho ama mucho á su querida Clotilde?—le preguntó.

La perfidia de esta pregunta sólo puede ser comprendida después de hacer el retrato de Clotilde. Esta joven, de veintisiete años, estaba entonces de pie, y esta postura le permitía á la burlona marquesa de Espard abrazar de una mirada el talle seco y delgado de Clotilde, que parecía verdaderamente un espárrago. El cuerpo de la pobre muchacha era tan liso que no admitía los recursos coloniales de lo que las modistas llaman manteletas engañosas; así es que Clotilde, que sabía ya que tenía de sobra con su nombre, lejos de tomarse el trabajo de ocultar este defecto, lo hacía resaltar heroicamente. Ajustándose la ropa, Clotilde obtenía el efecto del dibujo rígido y limpio que buscaron los escultores de la edad media para las estatuitas cuyo perfil se destaca en el fondo de los nichos de las catedrales. Clotilde tenía cinco pies y cuatro pulgadas. Si se nos permite usar una expresión familiar que tiene el mérito de ser gráfica, diremos que era todo piernas. Aquel defecto de proporciones daba á su busto un algo deforme. De tez morena, cabellos negros y duros, cejas muy pobladas, ojos ardientes encerrados en oscuras órbitas, cara arqueada como un cuarto de luna y dominada por una frente prominente, era la caricatura de su madre, que había sido una de las mujeres más hermosas de Portugal. La naturaleza se complace á veces en estos juegos. En las familias se ve frecuentemente una hermana de sorprendente belleza y un hermano horriblemente feo, que se le semeja mucho y que tiene sus mismas

facciones. Clotilde tenía en la boca, excesivamente hundida, una expresión de desprecio estereotipada; así es que sus labios denunciaban, mejor que ninguna otra facción de su rostro, los secretos movimientos de su corazón, pues la afección les imprimía una expresión encantadora y tanto más notable cuanto que sus mejillas, demasiado morenas para sonrojarse, y sus ojos negros, duros siempre, no decían nunca nada. A pesar de tantas desventajas, á pesar de su rigidez de estaca, tenía por su educación y por su raza un aire de grandeza, un ademán altivo, en fin, eso que se llama el *no sé qué*, que dejaba ver en ella á la hija de casa noble. Clotilde sacaba partido de sus cabellos, cuya fuerza, espesura y longitud les hacían pasar por bellos, y de su voz que encantaba cuando se dejaba oír en música. Clotilde era una de esas jóvenes de quienes se suele decir: «Tiene hermosos ojos» ó «¡Es muy simpática!» Cuando alguien le decía á la inglesa: «Vuestra Gracia», ella le respondía: «Llámeme Vuestra Delgadez».

—¿Por qué no ha de ser amada mi pobre Clotilde?—le respondió la duquesa á la marquesa.—¿Sabe usted lo que me decía ella ayer? «Si soy amada por ambición, yo me encargaré de hacerme amar por mí misma». Es lista y ambiciosa, y hay hombres que se enamoran de estas dos cualidades. Él, querida mía, es guapo como un sueño, y si puede rescatar la tierra de Rubempré, el rey le dará el título de marqués por consideración á nosotros... Después de todo, su madre es la última Rubempré...

—Pobre muchacho, ¿de dónde va á sacar un millón?—dijo la marquesa.

—Eso no es cosa nuestra—contestó la duquesa;—porque él es incapaz de robar... Por lo demás, nosotros no daríamos la mano de Clotilde á un intrigante ó á un hombre malvado, aunque fuese guapo, poeta y joven como el señor de Rubempré...

—Viene usted tarde—le dijo Clotilde sonriendo á Luciano.

—Sí, he comido fuera de casa.

—Hace algunos días que frecuenta usted demasiado el mundo—dijo la joven ocultando sus celos y sus inquietudes por medio de una sonrisa.

—¿El mundo?—preguntó Luciano—no, únicamente que por la mayor de las casualidades, toda la semana he comido

en casa de banqueros: hoy en casa de Nucingen, ayer en casa de Tillet y antes de ayer en la de Keller...

Ya se ve que Luciano había sabido imitar el tono de graciosa impertinencia propia de los grandes señores.

—Tiene usted muchos enemigos—le dijo Clotilde presentándole una taza de te.—Han venido á decirle á mi padre que tenía usted sesenta mil francos de deudas y que dentro de poco iría usted á parar á Santa Pelagia. ¡Y si supiese usted lo que me traen á mí todas esas calumnias!... Todo cae sobre mí. No le diré lo que sufro (mi padre tiene miradas que me crucifican), pero sí le hablaré de lo que debe usted sufrir si tienen algo de cierto esos rumores.

—No se preocupe usted de esas tonterías; ámeme cual yo la amo y concédame unos meses de crédito—respondió Luciano colocando la taza vacía en la bandeja de plata cincelada.

—No se presente usted delante de mi padre, porque le diría alguna impertinencia, y como usted no la sufriría, estaríamos perdidos. Esa maldita marquesa de Espard le ha dicho que su madre había sido enfermera y su hermana planchadora.

—Hemos estado en la mayor miseria, es cierto—dijo Luciano con lágrimas en los ojos.—Eso no es calumnia, pero sí maledicencia perversa. Hoy mi hermana es millonaria, y mi madre murió hace ya dos años... Al parecer habían reservado esas noticias para el momento en que yo estuviere á punto de vencer.

—¿Pero qué le ha hecho usted á la señora de Espard?

—Cometí la imprudencia de contar en casa de la señora de Serizy, delante del señor de Granville, la historia del pleito que tenía con su marido para obtener el interdicto, pleito que me fué explicado á mí por Bianchón; y la opinión del señor de Granville hizo cambiar el fallo del ministro de Justicia. Uno y otra regularon ante la *Gaceta de los Tribunales*, ante el escándalo, y la marquesa recibió un badilazo al leer los fundamentos de la sentencia que puso fin á aquel horrible asunto. Si el señor de Serizy cometió una indiscreción que convirtió á la marquesa en mi enemigo mortal, en cambio gané su protección, la del fiscal general y la del conde Octavio de Bauván, á quien la señora de Serizy dijo el peligro en que me había puesto dejando ver de dónde provenían sus informes. El señor marqués de

Espard ha cometido la torpeza de hacerme una visita por considerarme el autor ó, mejor dicho, la causa de que él hubiese ganado ese pleito infame.

—Yo le voy á librar á usted de la señora de Espard—dijo Clotilde.

—¿Cómo?—exclamó Luciano.

—Mi madre invitará á los pequeños Espard, que son encantadores y grandecitos ya. El padre y los dos hijos entonarán aquí alabanzas en su favor, y con esto estamos seguros de no volver á ver á la madre...

—¡Oh! Clotilde, es usted adorable, y si yo no la amase por usted misma, la amaría por su talento.

—No es talento—dijo la joven poniendo todo su amor en los labios.—Adiós. Esté usted unos días sin venir. Cuando me vea usted en Santo Tomás de Aquino con un chal de color de rosa, mi padre habrá cambiado de humor.

Evidentemente aquella joven tenía más de veintisiete años.

Luciano tomó un coche en la calle de la Plancha, lo dejó en los bulevares, tomó otro en la Magdalena y le encargó al cochero que le preguntase la puerta en la calle Taitbout. A las once, al entrar en casa de Ester, la halló anegada en lágrimas, pero vestida como ella sabía hacerlo para gustar. Ester esperaba á su Luciano acostada en un diván de satén blanco con flores amarillas, vestida con un delicioso peinador de muselina de Indias, sin corsé, con los cabellos recogidos sobre la cabeza, los pies en lindas zapatillas de terciopelo, con todas las luces encendidas y el *houka* preparado; pero ella no había fumado el suyo, que permanecía apagado, dando así indicios de su situación. Al oír que abrían las puertas, se enjugó las lágrimas, saltó como una gacela y se abrazó á Luciano, diciéndole:

—¡Separados! ¿es cierto?

—¡Bah! ¡por unos días solamente!—respondió Luciano.

Ester soltó á Luciano y volvió á caer en un diván como muerta. En estas situaciones, la mayor parte de las mujeres charlan como papagayos. ¡Ah! ¡cuánto nos quieren! Después de cinco años, creen estar en el segundo día de su dicha, no pueden dejarnos, y se muestran sublimes de indignación, de desesperación, de amor, de ira, de pena, de terror, de melancolía, de presentimientos. En fin, que son hermosas como una escena de Shakespeare. Pero, no lo olvidéis, esas

mujeres no aman. Cuando son todo lo que dicen ser, cuando aman de veras, hacen como hizo Ester, como hacen los niños, como hace el verdadero amor: Ester no decía una palabra, yacía con la cara entre los cojines y lloraba á lágrima viva. Luciano se esforzaba para levantar á Ester y le hablaba.

—Pero, niña, si no estamos separados... ¡Cómo! después de cuatro años de dicha ¿tomas de este modo una ausencia? ¡Diablo! ¿qué les haré yo á estas muchachas?—se dijo recordando haber sido amado de igual modo por Coralía.

—¡Ah! señor, es usted muy guapo—le dijo Europa.

Los sentidos tienen su bello ideal. Cuando á esta belleza tan seductora se unen la dulzura de carácter y la poesía que distinguían á Luciano, se puede concebir la loca pasión de aquellas criaturas eminentemente sensibles ante los dotes naturales exteriores y tan sencillas en su manera de admirar.

Ester sollozaba dulcemente y permanecía en una postura que demostraba su extremo dolor.

—Pero, estúpida—dijo Luciano—¿no te han dicho que se trataba de mi vida?

Al oír estas palabras que Luciano pronunció intencionalmente, Ester se levantó como una fiera (sus cabellos rodearon su hermoso rostro) y miró á Luciano con fijeza.

—¡De tu vida!—exclamó levantando los brazos y dejándolos caer de un modo elocuentísimo.—Sí, es verdad, la carta de ese salvaje habla de cosas graves...

Y sacóse de la cintura un papel; pero como hubiese visto á Europa, le dijo:

—Déjanos, hija mía.

Cuando Europa hubo cerrado la puerta, Ester le dijo á Luciano tendiéndole una carta que éste leyó en voz alta:

—Ten, mira lo que me escribe.

«Partirá usted mañana á las cinco de la mañana; la conducirán á casa de un guarda en el fondo del bosque de Saint-Germain, y ocupará allí un cuarto en el primer piso. No salga de su cuarto hasta que yo se lo permita; no caerá usted de nada. El guarda y su mujer son gente segura. No le escriba á Luciano. No se asome á la ventana durante el día; pero puede usted pasearse por la noche en compañía del guarda, si tiene usted gana de andar. Du-

»rante el camino lleve las cortinillas echadas; se trata de
»la vida de Luciano.

»Luciano irá esta noche á despedirse de usted. Queme
»usted este papel delante de él...»

Luciano quemó en el acto esta carta aplicándola á una
bujía.

—Escucha, Luciano mío—dijo Ester después de haber escuchado la lectura de aquella carta como el criminal su sentencia de muerte,—no te diré que te amo, porque sería una necedad... Pronto hará cinco años que me parece tan natural amarte como respirar, como vivir. El primer día en que comenzó mi dicha bajo la protección de este ser inexplicable, que me ha enjaulado aquí como á una fiera, supe ya que tenías que casarte. El casamiento es un elemento necesario en tu destino, y Dios me libre de retener ó impedir el desarrollo de tu fortuna. Ese casamiento es mi muerte; pero yo no te molestaré, no haré como las modistillas que se suicidan con un brasero; ya me bastó con una vez, y la segunda descorazona, como dice Marieta. No, me iré muy lejos, fuera de Francia. Asia posee secretos de su país y me ha prometido enseñarme á morir tranquilamente. Se da una un pinchazo ¡paf! y todo ha acabado. Angel adorado, sólo una cosa te pido, y es que no me engañes. Yo ya he recibido mi pago en la vida: desde el día en que te vi en 1824, hasta hoy, he gozado más dicha que diez mujeres juntas en toda una existencia feliz. Tómame, pues, por lo que soy: una mujer tan fuerte como débil. Dime: «Me caso», y no te exigiré más que un adiós cariñoso, para que nunca vuelvas á oír hablar de mí.

Hubo un momento de silencio después de esta aclaración, cuya sinceridad sólo puede ser comparada con la sencillez del acento y de los ademanes.

—¿Se trata de tu casamiento?—dijo Ester dirigiendo una de aquellas miradas fascinadoras y brillantes como la hoja de un puñal á los brillantes ojos de Luciano.

—Hace diez y ocho meses que trabajamos para mi casamiento, y todavía no está decidido, ni sé cuándo se decidirá—respondió Luciano.—Pero no se trata de esto, querida mía... se trata del cura, de ti, de mí... Estamos seriamente amenazados... Nucingen te ha visto.

—Sí... en Vincennes, ¿me ha reconocido acaso?

—No—respondió Luciano,—pero está enamorado de ti de un modo que se muere. Después de comer, cuando te describió hablándonos de tu encuentro, yo dejé escapar una sonrisa involuntaria, imprudente, porque estoy en medio del mundo como el salvaje en medio de los lazos de una tribu enemiga. El cura, que me evita el trabajo de pensar, cree que la situación es peligrosa, y se encargó de burlar á Nucingen, si Nucingen quiere espiarnos, como es de suponer, pues me ha hablado ya de la policía. En fin, que has provocado un incendio en una chimenea vieja y llena de ollín.

—¿Y qué quiere hacer el cura?—dijo Ester cariñosamente.

—No lo sé, me ha encargado que duerma sin atreverme á mirar á Ester.

—Si es así, obedezco con esa sumisión canina de que hice profesión—dijo Ester tomando el brazo de Luciano para llevarlo á su cuarto, al mismo tiempo que le preguntaba:—Mono mío, ¿has comido bien en casa de ese infame Nucingen?

—La cocina de Asia impide hallar una comida buena, por célebre que sea el cocinero de la casa en que se come; pero Careme había hecho la comida como todos los domingos.

Luciano comparaba involuntariamente á Ester con Clotilde. La judía era tan hermosa, tan constantemente encantadora, que no le había dejado acercarse al monstruo que devora los más fogosos amores: *la saciedad*.

—¿Qué lastima hallar á la mujer en dos volúmenes!—se dijo Luciano.—De un lado la poesía, la voluptuosidad, el amor, la abnegación, la belleza, la gentileza...

Ester huroneaba como huronean las mujeres antes de acostarse; iba y venía y mariposeaba cantando. Cualquiera la hubiese tomado por un colibrí.

—...De otro, la nobleza del nombre, la raza, los honores, el rango, la ciencia del mundo... ¡Y no hay medio de reunirlo todo en una misma persona!—exclamó Luciano.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, al despertar en aquel encantador cuarto de color rosa y blanco, el poeta se halló solo y, cuando llamó, se le presentó la fantástica Europa.

—¿Qué quiere el señor?

—¡Ester!

—La señora se fué á las cinco menos cuarto. Según las órdenes del señor cura, acabo de recibir una cara nueva.

—¿Una mujer?

—No, señor, una inglesa... una de esas mujeres que pa-sean por la noche, y hemos recibido orden de tratarla como á la señora. ¿Qué quiere hacer el señor?... ¡Pobre señora! cuando subió al coche se puso á llorar. «En fin, no hay más remedio, dijo. He dejado á ese pobrecillo durmiendo, me dijo enjugándose las lágrimas; Europa, si me hubiese mirado ó si hubiese pronunciado mi nombre, me habría quedado, aunque tuviese que morir con él...» Mire, señorito, yo quiero tanto á la señora que no le dejé ver á su sustituta; hay muchas camareras que le habrían hecho rabiar.

—¿Está ahí la desconocida esa?

—Señor, estaba en el coche que ha traído á la señora, y la he escondido en mi cuarto.

—¿Es guapa?

—Todo lo que puede serlo una mujer de ocasión—dijo Europa;—pero si el señor quiere, á ella no le costará trabajo representar su papel.

Después de este sarcasmo, Europa fué á buscar á la falsa Ester.

La víspera, antes de acostarse, el omnipotente banquero había dado sus órdenes á su criado, el cual introducía, á eso de las siete, al famoso Louchard, el más hábil de los guardas de comercio, en un saloncito que ocupaba el barón en bata de casa y zapatillas.

—¡Usted se bugló de mí!—dijo el banquero respondiendo á los saludos del guarda.

—Señor barón, no tenía más remedio que obrar así. Yo vivo de mi destino, y ya tuve el honor de decirle que no podía ocuparme de un asunto ajeno á mis funciones. ¿Qué le prometí yo? ponerle en relación con aquel de mis agentes que me pareció mejor para servirle. Pero el señor barón ya conoce las demarcaciones que existen entre las gentes de diferentes oficios... Cuando se construye una casa no se encarga á un panadero la labor del cerrajero. Ahora bien; hay dos policías: la policía política y la policía judicial. Los agentes de la policía judicial no se mezclan nunca en los asuntos de la política y *viceversa*. Si se dirigiese usted al jefe de la policía política, éste necesitaría una autorización

del ministro para ocuparse de su negocio de usted, y usted seguramente que no se atrevería á explicárselo al director general de la policía del reino. Un agente que hiciese de policía por su cuenta, perdería el destino. Ahora bien, la policía judicial es tan circunspecta como la policía política. Esto contribuye á que en el ministerio del interior y en la prefectura de policía no se haga nada como no sea en interés de la justicia. ¿Se trata de un complot ó de un crimen? no tema usted, que los jefes se pondrán á sus órdenes; pero comprenda usted, señor barón, que tienen otras cosas que les preocupan más que las cincuenta mil mujerzuelas de París. En cuanto á nosotros, sólo podemos dedicarnos á arrestar á los deudores; y cuando se trata de otra cosa, nos exponemos atrozmente en el caso de que molestásemos en lo más mínimo á nadie. Ya le envié á usted uno de los míos, pero le advertí que no respondía de él. Usted le dijo que buscase á una mujer en París, y Contensón le ha *escamoteado* á usted un billete de mil, sin dar el menor paso para servirle. Lo que usted deseaba era tanto como buscar una aguja en un pajar.

—Contensón ya podía *decirme* la *verdad* en lugar de *escamotearme* un billete de mil francos—dijo el barón.

—Escuche, señor barón—dijo Louchard;—si me da usted mil escudos, yo le daré, ó, mejor dicho, yo le venderé un consejo.

—¿Vale mil escudos el consejo?—preguntó Nucingen.

—Señor barón, yo no me dejo atrapar—respondió Louchard.—Usted está enamorado, quiere descubrir al objeto de su pasión y será capaz de hacer cualquier locura. Según me dijo su criado, ayer vinieron á su casa dos médicos que dijeron que estaba usted grave... Yo soy el único que puedo ponerle en manos de un hombre hábil... ¡Eh! ¡qué diablo! ¡si no valiese su vida mil escudos!...

—Dígame usted el nombre de ese hombre hábil, y cuente usted con mi *genegosidad*.

Louchard tomó el sombrero, saludó y salió.

—¡Diablo de hombre!—exclamó Nucingen—¡venga!... ¡tenga!...

—Advierta usted que yo me limito pura y simplemente á venderle un informe—dijo Louchard.

—¡Es muy *cago* eso!—exclamó Nucingen—el nombre de Rotschild es el único que vale mil escudos, y para ello es preciso que ponga su *figma*... ¡Le ofrezco mil francos!

Louchard, que no había podido dejar nunca de ser policía, le guiñó el ojo al barón de un modo significativo.

—Para usted son mil escudos ó nada; en un instante los recobra usted en la Bolsa.

—Ofrezco mil francos—repitió el barón.

—¡Sería usted capaz de regatear una mina de oro!—dijo Louchard saludando y retirándose.

—Ya *logragé* la *digección pog* un billete de quinientos francos—exclamó el barón, al mismo tiempo que le decía á su criado que llamase á su secretario.

Turcaret no existe ya. Hoy, lo mismo el banquero más grande que el más pequeño despliegan su astucia en los menores detalles: regatea las artes, la beneficencia, el amor, y le regatearía la absolución al papa. Mientras oía hablar á Louchard, Nucingen había pensado en un instante que Contensón, que era el brazo derecho del guarda de comercio, debía de saber la dirección del personaje, y diría por un billete de mil francos lo que Louchard quería vender por mil escudos. Esta rápida combinación prueba claramente que si el corazón de aquel hombre estaba invadido por el amor, la cabeza seguía aun siendo de un cancerbero.

—*Señog*, vaya usted mismo á casa de Contensón, el espía de *Louchard*—dijo el barón á su secretario,—*pego* vaya usted en coche bien aprisa y tráigalo en seguida, que *espego*. Baje usted *pog* la *puegta* del *jagdln*. Aquí tiene la llave, *pogque* es conveniente que nadie vea á ese hombre en mi casa. Métalo usted *pog* el pabelloncito del *jagdln*. *Procuje* *haceg* mi *encaggo* con inteligencia.

Acudieron algunos á hablarle de asuntos á Nucingen; pero esperaba á Contensón, soñaba con Ester, y se decía que antes de poco volvería á ver á la mujer á quien había debido inesperadas emociones, así es que despidió á todo el mundo con palabras vagas y con promesas de doble sentido. Contensón le parecía el personaje más importante de París, y aguardaba su llegada mirando con impaciencia al jardín. Por fin, después de haber dado orden de cerrar la puerta, mandó que le sirviesen el almuerzo en el pabellón que se hallaba en uno de los lados del jardín. En las oficinas, la conducta y las vacilaciones del más hábil, del más avisado y del más político de los banqueros de París, parecían inexplicables.

—¿Qué tiene el patrón?—le decía un agente de cambio á uno de los primeros dependientes.

—No se sabe; al parecer inspira inquietudes su salud. Ayer, la señora baronesa llamó á los doctores Bianchón y Desplein...

Un día, unos extranjeros quisieron ver á Newton en el momento en que se dedicaba á curar á una perrita, llamada *Beauty*, la cual le echó á perder un trabajo inmenso, y á la cual se limitó á decirle: «¡Ahl *Beauty*, qué poco sabes lo que acabas de estropear». Los extranjeros se fueron, á fin de no interrumpir por más tiempo los trabajos del grande hombre. En todas las existencias grandiosas, se halla siempre una perrita como *Beauty*. Cuando el mariscal Richelieu fué á saludar á Luis XIV, después de la toma de Mahón, que fué uno de los grandes hechos de armas del siglo xviii, el rey le dijo: «¿No sabe usted la gran noticia?... ¡el pobre *Lansmatt* ha muerto!» *Lansmatt* era un conserje que estaba en el secreto de las intrigas del rey. Los banqueros de París no supieron nunca el gran favor que debían á Contensón. Este espía fué causa de que Nucingen les abandonase un gran negocio. El cancerbero podía conquistar una fortuna diaria con la artillería de la especulación, mientras que el hombre estaba al servicio de la dicha.

El célebre banquero tomaba te, y mascaba unos pasteillos como hombre desganado, cuando oyó que se detenía un coche á la puertecita del jardín. A poco el secretario de Nucingen le presentó á Contensón, á quien había hallado en un café inmediato á Santa Pelagia, donde el agente almorzaba con la propina que le había dado un deudor encarcelado con ciertas consideraciones que se pagan. Al verle, habríais adivinado en seguida que el *Fíguro* de *Beaumarchais*, el *Mascarilla* de *Moliere*, los *Frontín* de *Marivaux* y los *Lasleur* de *Dancourt*, estas grandes figuras de la audacia de la bribonería, de la astucia, de la estrategia renaciente, son algo pequeño en comparación de aquel coloso del ingenio y de la miseria. En París, cuando se encuentra un tipo, no es un hombre, es todo un espectáculo; no es un momento de la vida, sino una existencia, varias existencias. Cocido tres veces en un horno un busto de yeso se obtiene una especie de burda imitación de bronce florentino; pues bien, el reflejo de innumerables desgracias, las necesidades de posiciones terribles habían bronceado

la cabeza de Contensón, como si el sudor de un horno hubiese desteñado su rostro. Las arrugas profundas no podían ya desplegar y formaban surcos eternos de fondo blanco. Aquella cara amarilla era todo arrugas. El cráneo, semejante al de Voltaire, tenía la insensibilidad de una calavera, y á no ser por algunos cabellos que tenía en la nuca se hubiese dudado de que fuese de un hombre vivo. Bajo una frente inmóvil se agitaban, sin expresar nada, unos ojos que simulan vida y cuya expresión no cambia nunca. La nariz, roma como la de la Muerte, parece burlar al destino, y la boca, hundida como la de un avaro, permanecía siempre abierta y, sin embargo, denotaba discreción como la abertura de un buzón. Tranquilo como un salvaje, con las manos tostadas, Contensón, hombrecillo seco y delgado, tenía esa actitud diogénica llena de indiferencia que no puede adaptarse nunca á las formas del respeto. ¿Y qué comentarios de su vida y de sus costumbres no se veían escritos en su traje para los que saben descifrar un modo de vestir? Sobre todo ¡qué pantalón!... un pantalón de corchete, negro y reluciente como el paño de que se hacen las togas de los abogados; un chaleco comprado en el Temple; una chaqueta de color negro enrojado... Y todo ello cepillado, casi limpio, adornado con reloj y una cadena enorme. Contensón dejaba ver una camisa de percal amarillo, con pliegues, en la cual brillaba un alfiler de diamante falso. El cuello de terciopelo parecía una argolla sobre la cual sobresalían los pliegues rojos de una carne de caribe. El sombrero de seda relucía como el satín, y habría dado sebo para dos velas si un abacero lo hubiese comprado para hervirlo. La enumeración de estos accesorios no es nada, y sería preciso poder describir la excesiva pretensión que Contensón sabía imprimirles. Había un no sé qué de presunción en el cuello de la chaqueta y en el lustre de las botas medio rotas, que no es posible describir. En fin, para hacer entrever aquella mezcla de tonos tan diversos, un hombre de ingenio habría comprendido, al ver á Contensón, que, si en vez de ser policía, hubiese sido ladrón, todos aquellos andrajos, en lugar de provocar la risa, hubiesen hecho temblar de horror. Por el traje, un observador habría dicho: «He ahí un hombre infame, que bebe, que juega, que tiene vicios, pero que no se emborracha, que no da el pego, que no es ladrón ni asesino». Y Contensón era ver-

daderamente indefinible hasta que acudía á la mente la palabra espía. Aquel hombre había ejercido tantos oficios desconocidos como oficios conocidos hay. La sonrisa fría de sus labios pálidos, el guiño de sus ojos verdosos, la mueca de su nariz roma, decían que no carecía de talento. Tenía cara de hojalata, y el alma debía ser como la cara; así es que los movimientos fisonómicos eran muecas arrancadas por la cortesía, más bien que expresión de sus movimientos interiores. Si no causase risa, habría infundido espanto. Contensón, uno de los curiosos productos de la espuma que sobrenada en los fermentos de la cuba parisiense, tenía sobre todo la pretensión de ser filósofo y decía con amargura: «Yo tengo un gran talento, pero como no me vale nada, me encuentro como si fuese un cretino». El hombre se condenaba á sí mismo en lugar de acusar á los demás. ¿Se hallan muchos espías que no tengan más hiel que Contensón? «Las circunstancias están contra nosotros, que podríamos ser cristal y no somos más que arena», les repetía á sus jefes. Su cinismo en el vestir tenía un objeto: se preocupaba tan poco de su indumentaria como los actores, y sólo pensaba en disfrazarse, en caracterizarse, y en esto hubiese dado lecciones á Federico Lemaitre, pues podía parecer un pétimetre cuando quería. Demostraba profunda antipatía por la policía judicial, porque había pertenecido durante el imperio á la policía de Fouché, á quien consideraba un gran hombre. Desde la supresión del ministerio de policía se había dedicado á los arrestos comerciales; pero su reconocida capacidad, su olfato, resultaban instrumentos preciosos, y los jefes desconocidos de la policía política habían conservado su nombre en las listas. Contensón, al igual que sus compañeros, no era más que un comparsa del drama cuyos papeles principales pertenecían á los jefes, cuando se trataba de un trabajo político.

—Váyase—dijo Nucingen despidiendo á su secretario.

—¿Por qué estará este hombre en un palacio y yo en una choza?—se decía Contensón.—Ha engañado mil veces á sus acreedores, ha robado, y yo no he quitado nunca un céntimo á nadie... Además, yo tengo más talento que él.

—Contensón, hijo mío, me ha escamoteado usted un billete de mil francos.

—Mi querida estaba debiendo á Dios y al diablo.

—¿Tienes una *quegida*?—exclamó Nucingen mirando á Contensón con mezcla de admiración y de envidia.

—No tengo más que sesenta y seis años—respondió Contensón como hombre á quien el vino mantenía joven, cual fatal ejemplo.

—¿Y qué hace?

—Me ayuda—dijo Contensón.—Cuando uno es ladrón y se ve amado por una mujer honrada, ó ella se vuelve ladrona ó él se hace honrado. Yo he seguido siendo espía.

—¿Necesitáas *dinego*, *vegdad*?—preguntó Nucingen.

—Siempre—respondió Contensón sonriéndose;—mi profesión es desearlo, como la suya es ganarlo; así es que podemos entendernos: gánelo usted, que yo me encargaré de gastarlo. Usted será el pozo y yo el cubo.

—¿*Quiéges ganag* un billete de quinientos francos?

—¡Vaya una pregunta! ¿soy tonto acaso?... seguramente que usted no me lo ofrece para reparar la injusticia de la suerte respecto á mi persona.

—Es *clago*, lo *unigé* al billete de mil francos que me has estafado, lo cual suma mil quinientos francos.

—Bueno, usted me da los mil francos que le exigí y añade quinientos más.

—Eso mismo—dijo Nucingen acompañando sus palabras de un movimiento de cabeza.

—Lo cual no suma más que quinientos francos—dijo imperturbablemente Contensón.

—A *dag* yo...—dijo el barón.

—Ya, ya, y á recibir yo. Bueno, ¿y qué valor me exige á mí el señor barón?

—Me han dicho que hay en *Pagls* un hombre capaz de *descubrig* á la *mujeg* á quien yo amo, y que tú sabes su *digección*... en fin un maestro en el espionaje.

—Es verdad.

—Pues bien, dame la *digección* y tendrás los quinientos francos.

—¿Dónde están?—se apresuró á preguntar Contensón.

—Aquí—dijo el barón sacándose un billete del bolsillo.

—Bueno, vengan—dijo Contensón tendiendo la mano.

—Dando, dando, vamos á *veg* á ese hombre y te *dagé* el *dinego*, *pogque* á este precio tú podrías *vendegme* muchas *digecciones*.

Contensón se echó á reír y dijo:

—A decir verdad tiene usted derecho á pensar eso, aunque cuanto más bajo es nuestro oficio, más probidad requiere. Pero, mire, señor barón, ponga seiscientos francos y le daré un buen consejo.

—Da el consejo y confía en mi *genegosidad*.

—Me arriesgaré, aunque me arriesgue mucho—dijo Contensón.—Mire, en policía es preciso caminar por debajo de tierra, y usted no tiene precauciones. Usted es rico y cree que lo puede todo el dinero. El dinero es algo; pero, según dos ó tres de los de más talento de los nuestros, con el dinero no se tiene más que hombres. Y hay cosas en las que no se piensa y que no pueden comprarse... A la casualidad no hay quien la pague. En buena pobreza, esto no se arregla como usted quiere. ¿Quiere usted presentarse conmigo en coche? la encontraremos.

—¿*Pog* qué no?—dijo el barón.

—¡Diantre! sí, señor. Una herradura hallada en la calle llevó al prefecto de policía al descubrimiento de una máquina infernal. Ahora bien, cuando vayamos esta noche, en carruaje, á casa del señor de San Germán, éste no se preocuparía más de verle entrar en su casa que usted de ser visto al ir.

—*Ciegto*—dijo el barón.

—¡Ah! es el talento de los talentos, el segundo del famoso Coentín, el brazo derecho de Fouché, de quien dicen algunos que es hijo natural, habido cuando éste fué sacerdote; pero yo creo que esto son mentiras: Fouché sabía ser sacerdote como supo ser ministro. ¡Ah! no logrará usted hacer trabajar á este hombre por menos de diez mil francos... piénselo bien. Pero su negocio quedará arreglado á su gusto sin que lo sepa la tierra. Yo avisaré al señor de San Germán, y él le dará una cita en algún lugar donde nadie pueda verle ni oírle, porque corre grandes peligros ejerciendo de policía por cuenta de particulares. Pero ¿qué quiere usted? es un buen hombre, el rey de los hombres, y eso que ha sufrido grandes persecuciones por haber salvado á Francia.

—Bueno, pues ya me *escribigás* tú la *hoga* de la cita—dijo el barón sonriendo.

—¿No me engrasa el señor barón la pata con alguna cosa?

—dijo Contensón con aire humilde y amenazador á la vez.

—Juan—le gritó el barón á su jardinero,—vete á *pedigle* veinte francos á *Jogge* y tráemelos...

—Si el señor barón no tiene más datos que los que me dió, dudo que el maestro pueda serle útil.

—Tengo otros—respondió el barón con aire misterioso.

—Me despidió del señor barón, con su permiso—dijo Contensón tomando la moneda de veinte francos;—tendré el honor de venir á decirle á Jorge el lugar en que debe hallarse el señor esta noche, porque en buena policía es preciso no escribir nunca.

—Qué gago es *veg* tanto ingenio en estos tipos—se dijo el barón;—en policía pasa como en los negocios todos.

Al dejar al barón, Contensón se fué tranquilamente de la calle de San Lázaro á la de San Honorato, hasta el café David. Una vez allí miró por las vidrieras y vió á un anciano conocido por el nombre de padre Canquoëlle.

El café David, situado en la calle de la Moneda, en la esquina de la de San Honorato, gozó durante los treinta primeros años de este siglo de una especie de celebridad, circunscrita al barrio llamado de los Bourdonnais. Allí se reunían los viejos negociantes retirados ó los grandes negociantes que ejercían aun: los Camusot, los Lebas, los Pillerault, los Popinot y algunos propietarios como el pequeño padre Molineux. También se veía allí de tiempo en tiempo al anciano padre Guillaume, que iba de la calle del Colombier, y allí se hablaba de política, aunque prudentemente, pues la opinión del café David era el liberalismo. Allí se contaban también los chismes y cuentos del barrio; tanta necesidad sienten los hombres de burlarse unos de otros. Por lo demás, aquel café, como todos los cafés, tenía su personaje original en aquel padre Canquoëlle, que concurría á él desde el año 1811, y que parecía estar en tan perfecta armonía con la gente próba reunida allí, que nadie se escondía para hablar de política en su presencia. A veces, aquel pobre hombre, cuya simplicidad era motivo de risa para los asiduos, había desaparecido por uno ó dos meses; pero sus ausencias, atribuidas siempre á sus achaques ó á su vejez (pues ya pasaba desde 1811 de los sesenta), no sorprendían á nadie.

—¿Qué ha sido del padre Canquoëlle?—le preguntaban á la señora del mostrador.

—Tengo la creencia de que el mejor día sabremos su muerte por el periódico—respondía aquélla.

El padre Canquoëlle dejaba ver su origen en la manera

de pronunciar el idioma, y su nombre era el de una hacienda llamada de los Canquoëlles, palabra que significa gusano en algunas provincias, y estaba situada en el departamento de Vaucluse, de donde el anciano había salido. Habían acabado por llamarle Canquoëlle en lugar de Canquoëlles, sin que el pobre hombre se enfadase, pues la nobleza le parecía muerta en 1793; esto sin contar con que el feudo de Canquoëlles no le pertenecía, porque era segundón. Hoy la indumentaria del padre Canquoëlle parecería extraña; pero de 1811 á 1820 no admiraba á nadie. Aquel anciano llevaba zapatos con hebillas de acero, medias de seda con rayas circulares blancas y azules, un calzón de punto de seda con hebillas ovales semejantes á las de los zapatos. Un chaleco blanco con bordados, una casaca vieja de paño verde con botones de metal y una camisa con pechera planchada completaban su traje. En medio de la pechera brillaba un medallón de oro en el que se veía un templo de cabellos, una de esas adorables pequeñeces del sentimiento que tranquilizan á los hombres, del mismo modo que un espantajo asusta á los gorriones. La mayor parte de los hombres, como los animales, se asustan y se tranquilizan con cualquier cosa. El calzón del padre Canquoëlle se sostenía mediante una hebilla que se abrochaba sobre el abdomen. De la cintura pendían paralelamente dos cadenas de acero compuestas de varias cadenas que terminaban en un conjunto de dijes. Su corbata blanca era sostenida por detrás por medio de una hebillita de oro. En fin, su cabeza canosa y empolvada iba cubierta aun, en 1816, con el tricornio municipal que llevaba también el señor Try, presidente del tribunal. Aquel sombrero, que tanto gustaba al anciano, lo había reemplazado hacía poco el padre Canquoëlle (el pobre hombre creyó que debía este sacrificio á su tiempo) por ese innoble sombrero hongo contra el cual nadie se atreve á revelarse. Una coleta, atada con una cinta, describía en la espalda una huella circular donde la grasa desaparecía bajo una capa fina de polvo. Fijándose en el rasgo distintivo del rostro, una nariz llena de gibosidades, roja y digna de figurar en una fuente de trufas, hubieseis creído dotado de un carácter bondadoso, sencillo y franco á aquel honrado anciano, verdadero papamoscas, y hubieseis estado en un error, como lo estaba todo el café David, donde nadie había examinado nunca la frente observadora, la boca sardónica

y los ojos fríos de aquel anciano dado á los vicios y tranquilo como un Vitelio cuyo vientre imperial reaparecía, por decirlo así, palingenésicamente.

En 1816, un viajante joven de comercio, llamado Gaudissard, concurrente asiduo del café David, se emborrachó de once á doce de la noche con un oficial de la reserva, y cometió la imprudencia de hablar de una conspiración bastante seria, próxima á estallar contra los Borbones. No había nadie en el café más que el padre Canquoëlle, que parecía dormido, dos mozos que dormitaban y la señora del mostrador. A las veinticuatro horas Gaudissard fué arrestado: la conspiración estaba descubierta, y perecieron en el patíbulo dos hombres. Ni Gaudissard ni nadie sospechó nunca que el pobre padre Canquoëlle hubiese sido el denunciador. Los mozos fueron despedidos, se observó durante un año á todo el mundo, y se temió á la policía de acuerdo con el padre Canquoëlle, que hablaba de desertar del café David; tan grande horror tenía á los espías policíacos.

Contensón entró en el café y pidió una copa de aguardiente, sin mirar siquiera al padre Canquoëlle, que se entretenía en leer los periódicos; únicamente que cuando hubo bebido la copa de aguardiente, sacó la moneda de oro que le había dado el barón y llamó al mozo dando tres golpes secos sobre la mesa. La señora del mostrador y el mozo examinaron la moneda de oro de un modo injurioso para Contensón, pero su desconfianza estaba autorizada por el asombro que causaba á todos los parroquianos el aspecto de Contensón.

—Ese oro ¿será producto de un robo ó de un asesinato?

Tal era el pensamiento de algunas inteligencias que miraban á Contensón por encima de los lentes fingiendo que leían el periódico. Contensón, que lo veía todo y no se admiraba nunca de nada, se enjugó desdeñosamente los labios con el pañuelo, recibió el cambio de la moneda, se metió la calderilla en el bolsillo, cuyo forro, blanco antes, estaba entonces negro como su pantalón, y se marchó sin darle propina al mozo.

—¡Ese sí que me parece carne de presidio!—dijo el padre Canquoëlle á su vecino el señor Pillerault.

—¡Bah!—le respondió á todo el café el señor Camusot, que había sido el único que no había mostrado asombro

ninguno—es Contensón, el brazo derecho de Louchard, nuestro guarda del comercio. Estos tunantes, sin duda tienen que detener á alguno en el barrio.

Un cuarto de hora después, el buen Canquoëlle se levantó, tomó su paraguas y se marchó tranquilamente. ¿No es necesario explicar aquí qué clase de hombre terrible se ocultaba bajo la capa del padre Canquoëlle, del mismo modo que el abate Carlos ocultaba á Vautrin? Aquel meridional, nacido en Canquoëlle, única hacienda de su honrada familia, se llamaba Peyrade, y pertenecía efectivamente á la casa de La Peyrade, antigua y pobre familia del Condado, que posee aun hoy la pequeña tierra de La Peyrade. El que era el hijo séptimo de un segundón había ido á pie á París, con dos escudos en el bolsillo, á la edad de diez y siete años, empujado por los vicios de un temperamento fogoso y por el brutal deseo de medrar que lleva á la capital á tantos meridionales, cuando han comprendido que la casa paterna no podrá nunca dar con sus rentas para satisfacer sus pasiones. Se comprenderá cuál fué toda la juventud de Peyrade con decir que en 1782 era el confidente, el héroe de la tenencia general de policía, donde fué muy estimado por los señores Lenoir y de Albert, primeros tenientes generales. La Revolución no tuvo policía porque no la necesitaba. El espionaje, que fué entonces bastante general, se llamaba civismo. El Directorio, gobierno un poco más regular que el del Comité de salvación pública, se vió obligado á reconstituir la policía, y el primer cónsul acabó su creación con la prefectura de policía y con el ministerio de la policía general. Peyrade, hombre tradicional en el Cuerpo, creó el personal, de acuerdo con un hombre llamado Corentín, que era mucho más inteligente que Peyrade, aunque más joven, y que sólo desplegó su ingenio en los subterráneos de la policía. En 1808, los inmensos servicios que prestó Peyrade fueron recompensados con su nombramiento para el cargo de comisario general de policía en Anvers. En la mente de Napoleón, esta especie de prefectura de policía equivalía á un ministerio de policía encargado de vigilar la Holanda. Al volver de la campaña de 1809, Peyrade fué sacado de Anvers por orden del gabinete del emperador, y fué llevado á París entre dos gendarmes, para ser encerrado en la Force. Dos meses después salió de la cárcel afianzado por su amigo Corentín, después de haber sufrido tres inte-